

ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN

AL HILO DE “NOVO MILLENNIO INEUNTE”

Prbo. Dr. Román Sánchez Chamoso

ABSTRACT

The so called communion of spirituality by John Paul the II is not a spirituality more than the sum of other forms already being practice in the christian community, but a wholesome exposition of the life according to the Spirit offered to all christians. Neither can it be understood as a fashion trend and therefore something conjunctural and temporary, but as a result of their conciliar doctrine about the church and about christian life. A communional Church leads us by internal logic to a spirituality of communion that enroots in the ecclesial and trinitarian soil, moreover, only from a spirituality of communion as motor and root, will it be possible to leave, express and realize the church of the Vatican II.

1. UNA ESPIRITUALIDAD PARA NUESTRA ÉPOCA: EL CONTEXTO

1.1. Revalorización de lo espiritual y lo comunitario

Al tratar de la “espiritualidad de comunión” tenemos en el horizonte la celebración en curso del Concilio Plenario de Venezuela y, en este sentido, el presente artículo quiere ser un aporte a los trabajos conciliares. El Papa Juan Pablo II nos dice que precisamente la “espiritualidad de comunión” debe ser la fuerza vital interna a partir de la cual será posible el logro de una Iglesia más comunional, participativa y misionera, y la que hará posible aunar

los diversos esfuerzos para lograrlo. Por último, esta espiritualidad como talante está llamada, sin duda, a tener incidencia en la sociedad de la que formamos parte, tan necesitada del diálogo, de la cooperación y del aporte que cada uno está llamado a dar, facilitando la conjunción de fuerzas en la tarea común.

En los últimos años, para propiciar la relación interpersonal y para que cada uno pueda sentirse “alguien” dentro de la comunidad, han surgido en la Iglesia variopintas comunidades y grupos, que parecen representar uno de los grandes polos de esperanza. Este fenómeno intraeclesial se inscribe en el marco del “resurgir” de lo religioso en el mundo, como diversas voces vienen constatando, aunque su interpretación y valoración sea muy diversa según los autores que se ocupan del tema. Con todo, puede decirse que la espiritualidad ha irrumpido en escena de manera inesperada, cuando muchos daban al tema por superado en este mundo secularizado.¹

La “novedad” del fenómeno significa mucho más que una cuestión de número; implica la adopción de un estilo nuevo de comportamiento comunitario. Con el resurgir de lo religioso y espiritual resurge también la dimensión comunitaria, dato de indudable valor en este pulular de grupos y movimientos. En esos grupos es posible encontrar la autenticidad que se anda buscando, y que resulta difícil en una comunidad tan vasta e impersonal que fagocita al individuo en su particularidad o lo reduce al anonimato. Las relaciones armónicas resultan más fáciles. Los formalismos tienen menos cabida. Los valores que cada uno comporta pueden encontrar mejor margen de desarrollo y resultar más eficaces. No se ha de perder el ánimo ante algunos fracasos. Lo que hay que hacer es discernir las causas para evitarlos del mejor modo posible. Los juicios sobre estas experiencias comunitarias deberán

1 Concilium 81 (1973), número monográfico sobre *La persistencia de la religión*, con trabajos de BAUM G., GREELEY A., MARTY M., McCREADY W.-N., POWER D., TRACY D. y LAURENTIN R; Cf. SCHMIDT H., “Creer y confesar la fe en un mundo irreligioso” en *Concilium* 82 (1973) 281-293 (Documentación); GUERRA A., “Movimientos actuales de espiritualidad” en DE FIORES S.-GOFFI T. (Dir), *Nuevo diccionario de espiritualidad*, Paulinas, Madrid 1993, 970-982 (En adelante: NDE); SAMUEL A., *Para comprender las religiones de nuestro tiempo*, Verbo Divino, Estella 1991, 5-16.

También JUAN PABLO II alude al fenómeno cuando habla de “la angustiada búsqueda de sentido, la necesidad de interioridad, el deseo de aprender nuevas formas de concentración y oración” (Encíclica *Redemptoris missio* n. 38).

hacerse con la vista puesta en la ayuda que se encuentra para caminar rectamente ante el Señor. Hay que respetar el ritmo de crecimiento de las pequeñas comunidades, pues lo importante es caminar y llegar todos juntos, y no aisladamente cada uno, dividiendo la comunidad. Se impone el nuevo estilo del diálogo tenaz y esperanzado, que presupone la estima recíproca y el respeto a los demás,² sabiendo escuchar, discernir y comprender el punto de vista ajeno.

Centrándonos en el campo católico, la fenomenología de estos “grupos pequeños” muestra una gran variedad, a partir de líneas fundamentales comunes que los caracterizan: grupos de experiencia de oración, grupos de desierto, grupos de evangelio, grupos de estudio, grupos misioneros, grupos de compromiso y caritativos... Las notas más comunes a todos ellos es la composición por pocos sujetos, la espontaneidad, el espíritu de participación que posibilita el poner al servicio de otros los valores personales, el intercambio de experiencias, la débil institucionalización, la oración comunitaria... Sin duda, el imán que ejerce la atracción hacia estos grupos pequeños es el sentirse valorado como persona, el verse aceptado con el rostro propio, la fluidez de las relaciones interpersonales, el compartir la comunión en torno a unos ideales. Es, sin duda, un modo muy valioso para redescubrir el valor de lo comunitario.

No puede silenciarse la nítida diferencia existente entre unos grupos y otros desde el punto de vista del compromiso tanto eclesial como social. Otro tanto podría decirse sobre la orientación proselitista, el enclaustramiento en el grupo y las tensiones que han creado con frecuencia en la más amplia comunidad parroquial.

En la “novedad” de las nuevas formas comunitarias, se puede encontrar casi todo lo “antiguo”, aunque en formas menos oficiales. En alguna manera, este “hambre de comunidad” expresado en los pequeños grupos está llevando a cabo una comprobación de lo que vale todavía a pesar del paso del tiempo, y de lo que ya no vale. Con tino y paciencia se logrará distinguir lo uno y lo otro. El Espíritu del Señor guía a su pueblo en el nuevo éxodo: *Nova et vetera*.

2 Cf. PABLO VI, Encíclica *Populorum progressio* nn. 53 y 73; Idem, Encíclica *Ecclesiam suam*, considerada con sobrada razón la “Carta Magna” sobre el diálogo.

Este es un primer dato: la floración de movimientos religiosos comunitarios, de grupos y comunidades de carácter religioso, surgidos especialmente en el seno de las Iglesias cristianas,³ y que la autoridad de la Iglesia ha visto como efecto del soplo del Espíritu en nuestro tiempo. Ya hemos indicado que las formas comunitarias y místicas de vida cristiana presentan un perfil extremadamente variado. Y no cabe duda de que, con mayor o menor lucidez y profundidad en lo relativo a los fundamentos teológicos, en ellos brilla el aliento evangélico, el redescubrimiento de lo comunitario, el alejamiento del individualismo espiritual. Por otra parte, aparece un “fuerte sentimiento de solidaridad con los demás”,⁴ ha despertado el sentimiento de unión y la salida de sí mismo que tiende a superar nuestro individualismo crónico. En una palabra, se camina por sendas de espiritualidad comunitaria.

Podemos citar entre estos grupos o movimientos a algunos más conocidos e implantados entre nosotros como la renovación carismática, las comunidades neocatecumenales, el movimiento de los focolares, las comunidades eclesiales de base...⁵

El mencionado pulular de grupos con fuerte valencia espiritual y comunitaria plantea un nuevo modo de abordar la tarea de unificar tensiones inherentes a la misma vida espiritual y, por otra parte, las generadas desde el perfil peculiar de cada grupo. Hay que elaborar los datos problemáticos de la experiencia cristiana actual con vistas a una síntesis unitaria. En los actuales movimientos, sigue habiendo, y a veces muy acentuadas, tensiones espirituales en el seno de cada comunidad: oración y fidelidad a la tierra, contemplación y compromiso político o social, trascendencia y solidaridad, religión y reino de Dios, Iglesia y mundo, el yo y lo comunitario... No se puede fácilmente evitar el sentirse dividido y desgarrado por el reclamo del mundo y de los hombres, del evangelio y de Dios. Hay que armonizar las antinomias espirituales.

La solución nos viene dada en clave cristológica. En Cristo hallamos el punto de convergencia de los aspectos dialécticos del cristianismo; en él se conjugan en una simple unidad, sin oponerse ni mezclarse, lo histórico y

3 Cf. GUERRA A., *a.c.*

4 BAUM G., *a.c.*, 15.

5 Cf. DE FIORES S., “Espiritualidades contemporáneas” en NDE 456-457.

lo suprahistórico, Jesucristo en persona es el criterio por el que debe medirse todo lo que quiera ser cristiano.⁶

La vuelta a escena de lo comunitario nos pone de manifiesto la idea eficiente de grupo. Un grupo alimenta la vida comunitaria cuando conserva viva la vocación-misión común que lo constituye. Cuando se enfría el sentimiento de pertenencia, el grupo se disuelve. La viva conciencia de grupo avoca a la colaboración por la cual la comunidad se organiza, vive y trabaja. Dentro de la variedad de los dones y servicios, la convergencia de los carismas personales promueve la realización plena de la propia persona y, al mismo tiempo, crea la verdadera fraternidad y la comunión de vida. Y, para ello, se ve como decisivo la “mística” o espiritualidad del grupo.

1.2. Motivación e impulso de “Novo millennio ineunte”

En el contexto religioso y espiritual que hemos descrito a grandes rasgos, el papa Juan Pablo II presenta a toda la Iglesia una “espiritualidad de comunión”. Creemos que no puede entenderse como una espiritualidad más que se suma a las que ya existen en los distintos grupos eclesiales. Es una espiritualidad que afecta necesariamente a todos por razones que exponemos a continuación.

1.2.1. “Espiritualidad de comunión”: tarea y desafío para la Iglesia

Si hoy hablamos de “espiritualidad de comunión” no es algo puramente casual, ni puede tratarse de una propuesta entre muchas, ni es sencillamente una preferencia personal de Juan Pablo II en nuestro hoy concreto, aunque pudiera decirse que en todos estos casos es una urgencia certera y hasta subyugante. Tampoco puede decirse que se trata de lo mismo de siempre con el ropaje de un lenguaje distinto, actitud que tantas veces encubre una solapada pereza para no afrontar los cambios y los nuevos caminos que se van abriendo.

6 Cf. KASPER W., *Fe e historia*, Sígueme, Salamanca 1974, 186; MOLTMANN J., *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, Sígueme, Salamanca 1978, 339-340.

7 JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 6 de enero de 2001 (En adelante: NMI). Cf. ESPINOSA DUTRUS S., “Un concilio plenario con espiritualidad” en *Labor Theologicus* 27 (2001) 91-110, especialmente 101s.

Al menos se nos concederá que, si no se trata de algo totalmente nuevo, nos hallamos ante un nuevo modo de entender, expresar y vivir valores sustanciales. Nos proponemos dar cobertura más seria y consistente al título que encabeza nuestro trabajo, porque esa cobertura existe.

Juan Pablo II, en la Carta apostólica “Novo millennio ineunte”, entiende la espiritualidad como uno de los factores que deben configurar a la Iglesia en el umbral del milenio que estrenamos. Y lo hace con este propósito-programa sugerente y rico:

Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo (NMI 43. El destacado, en el original).

En este escueto párrafo, se contiene todo un programa con las líneas básicas que vertebran lo que después llama “espiritualidad de comunión”.⁸ Destaquemos los ejes de la propuesta pontificia:

- Una *tarea* y un *propósito* para toda la Iglesia, hasta convertirla en “la casa y la escuela de la comunión”. Tarea ya emprendida y que se debe continuar en dos direcciones fundamentales: a) La Iglesia, *casa* de comunión, hogar donde la comunión habite y viva, donde florezca y se exprese, de forma que pueda presentarse como *signo* de una realidad presente y operante; b) La Iglesia *escuela* de la comunión, es decir, la que enseña y educa, la que fomenta, promueve y expande la comunión en un horizonte sin límites, o, si se prefiere, con los límites trazados por el plan salvador de Dios: el vertical que entronca en la vida divina, y el horizontal que nos vincula a todos los hombres (Cf. LG 1).
- Un *desafío*, el “gran desafío” –dice el Papa– que tenemos hoy ante nosotros. Desafío que interpela y convoca, que incita y lanza a la acción, que estimula agudamente al que lo percibe y encara abiertamente al interlocutor, con la nota adicional y nada despreciable de urgencia inherente a todo desafío. Esto significa que se trata de un “banco de prueba” que pondrá de manifiesto qué Iglesia somos. Un desafío, por tanto, que obliga a la Iglesia a un serio examen de su acción pastoral *ad intra* y *ad extra* de la misma.

8 Tema desarrollado en los nn. 43, 44 y 45 del Cap. IV de NMI.

- Si la Iglesia se embarca en la singladura de la comunión, lo hace motivada por razones endógenas, que brotan de su misma entraña, y que NMI resume en dos puntos: a) Para “ser fieles al designio de Dios”, para cumplir en la tierra y en la historia lo que Dios quiere para instaurar el reino, b) Para “responder también a las profundas esperanzas del mundo”, es decir, para dar al mundo lo que, de forma más o menos explícita, espera de la Iglesia.

Vemos, pues, que las causas y motivaciones de la Iglesia al optar hoy por una “espiritualidad de comunión” son profundas y netamente teológicas o propias, no meramente ocasionales o fruto de una coyuntura epocal.

1.2.2. Espiritualidad teológica y Teología espiritual

Debemos dar un paso más. La declaración de intenciones a favor de una “espiritualidad de comunión” tiene en la base una Iglesia que se autocomprende como *comunión*, opción teológica fundamental del Vaticano II que damos por supuesta ahora. Lo que queremos resaltar es que la *espiritualidad* y la *teología* se autoimplican y refuerzan mutuamente. La “espiritualidad de comunión” que ahora se nos propone brota de las entrañas de la “eclesiología de comunión”, la eclesiología del Vaticano II ampliamente asumida y desarrollada por el magisterio y la teología posconciliares. Tarea abierta en nuestro hoy más inmediato. NMI se sitúa en esta línea y opción eclesiológica. Se nos dice:

Otro aspecto importante en el que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como en las iglesias particulares, es el de la comunión (koinonia), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia (N. 42).

NMI nos muestra, una vez más, que la teología de la institución eclesial y la “espiritualidad de comunión” son inseparables: “La espiritualidad de comunión da un alma a la estructura institucional” (N. 45), es decir, se inscribe en la misma existencia eclesial como componente esencial. Estamos, pues, ante una espiritualidad con densa carga teológica, y en una eclesiología con rica carga espiritual. Espiritualidad y teología se han dado fraternalmente la mano.

1.2.3. La espiritualidad en la base

Otro aspecto debemos abordar en esta fase preliminar de nuestro trabajo.

Hemos escuchado que debemos “hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*”. Inmediatamente nos vemos impulsados, tras la propuesta de Juan Pablo II, a emprender la tarea y lanzarnos a la acción. Pero, ¿es por aquí por donde debemos empezar? El mismo papa que nos convoca a la acción nos pone en guardia: “También aquí la reflexión podría hacerse operativa, pero sería equivocado dejarnos llevar por este primer impulso” (NMI 43). Entonces, ¿por dónde empezar, a qué debemos dar prioridad? El papa nos responde:

Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades (Ibíd.).

Advertencia pertinente. Si no estamos previamente animados por una espiritualidad de comunión, no podremos hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión. La espiritualidad –nos ha dicho el papa– adquiere el rango de “principio educativo” y, como tal, precede a lo operativo, como el corazón precede a las manos, como el motor que pone en movimiento a todo el organismo. De lo contrario, sin espiritualidad en la base, la acción carece de norte y finalidad precisa, puede reducirse a activismo que no sabe a dónde se dirige, no sabe de dónde se alimenta. La espiritualidad de comunión, como “principio educativo”, es el soporte y la directriz en todo tiempo y lugar donde se fragua todo sujeto de la acción pastoral de la Iglesia. En una palabra, sin mística, sin “alma de comunión”, no se puede hacer comunidad cristiana, ni se pueden encontrar los instrumentos adecuados para lograrlo. Escuchemos de nuevo al papa: “No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco nos servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus medios de expresión y crecimiento” (NMI 43).

Por tanto, reafirmamos el título que encabeza este apartado: “Una espiritualidad para nuestra época”, para nosotros, los hombres del comienzo del III milenio.

A continuación desarrollaremos el perfil de esta espiritualidad de comunión en cuatro momentos: 1. Soporte antropológico-cultural. 2. Soporte bíblico-teológico. 3. Enclave eclesial. 4. Comunidad en camino de conversión y su ascesis peculiar.

2. SOPORTE ANTROPOLÓGICO-CULTURAL

Resulta ya un tópico manido el axioma: “la gracia no destruye la naturaleza, sino que la supone y la perfecciona”. Permítasenos caer de nuevo en el tópico, porque no debemos olvidar que el cristiano es previamente hombre, y hombre “situado”, que camina al ritmo de la historia y se halla necesariamente inserto en sus avatares.

La fraternidad es un dato fundamental del ser humano: el hombre es social, y el verdadero concepto de persona exige que el hombre, superando la barrera del individualismo, se integre en la comunión con los demás. El hombre es social y hermano. La exigencia de fraternidad brota de la misma persona humana.

Psicólogos, sociólogos y pedagogos coinciden en afirmar que en el hombre moderno aflora un deseo profundo de comunicación y de comunión interpersonal.⁹ Numerosas experiencias, actuales y del pasado, avalan este aserto. Desde el punto particular del trabajo que estamos realizando, lo cierto es que la presencia y la voluntad de Dios es también mediada por el contexto cultural.

Un rasgo de la persona adulta es la capacidad para convivir, para asociarse y formar comunidad. Desde un punto de vista social, la madurez sólo se alcanza cuando el individuo acepta a los otros y colabora con ellos, cuando es sujeto de relaciones interpersonales, cuando es capaz de superar la clausura del egoísmo y del individualismo. El otro es “compañero necesario”.

9 Cf. SPALTRO E., en ANCONA L. (Dir), *Cuestiones de psicología*, Herder, Barcelona 19753, 703; BERTIN G.M., *Educazione alla socialità*, Armando, Roma 1966, 255-268. La Iglesia sale al paso del contencioso entre “el yo” y “lo comunitario” en una perspectiva integradora: “El desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la propia sociedad están mutuamente condicionados” (GS 25) por la índole personal y a la vez social del hombre. “El conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y fácil de la propia perfección” (GS 26; cf. Puebla n. 317).

El hombre se abre a la dimensión social y a ello se debe que, también en el área de lo espiritual, se conceda hoy notable espacio a la comunidad y a la “espiritualidad comunitaria”. La teología refuerza nuestra convicción sobre el valor de la comunidad, en especial de la comunidad salvífica querida por Dios (cf. LG 9), que nos lleva a anteponer la adhesión fraterna y eclesial a cualquier otro valor. Se desvanece la ilusión de que aisladamente se puede ser más y mejor que en comunidad. El individualismo espiritual está afortunadamente en retroceso, al menos en la teoría.

A lo dicho, añádase el fenómeno actual del asociacionismo en todos los campos, que es una premisa entre otras para comprender mejor la floración de movimientos de espiritualidad. Se ha caído en la cuenta de que sólo asociándose es posible defender determinados valores y cambiar la sociedad.

La soledad siempre es peligrosa. Frente al riesgo de la sociedad actual, que amenaza con recluir al hombre en archipiélagos de soledades, rebrota el impulso hacia el encuentro interpersonal, a compartir, a estar juntos y a afrontar problemas comunes. Comunidad es poner de relieve las coincidencias, es valorar lo que une, superando las diferencias personales y minimizando lo que separa.

La vida contemporánea apunta hacia una nueva forma de conciencia en lo referente a lo comunitario. En el plano internacional, operan gran diversidad de organizaciones unitarias (políticas, económicas, laborales, culturales, religiosas, deportivas...) para la defensa y promoción de intereses que afectan a todos, alianza que apunta hacia la colaboración y el entendimiento.¹⁰ Por su parte, las categorías profesionales reúnen a sus miembros en órdenes homogéneas. Por doquier nacen colectivos, comunas, asociaciones, círculos, clubes...

Es verdad que los fenómenos reseñados no están exentos de ambigüedades que habrá que discernir en cada caso, pero contienen una idea germinal válida: la búsqueda del encuentro, de la liberación de la soledad y del individualismo, indispensables para superar los límites sociales y tender hacia la fraternidad.

La fraternidad absoluta será siempre una meta pendiente como nos recuerda la revelación cristiana. El principal obstáculo radica en el mismo corazón del hombre (cf. Mt 15, 19-20; Mc 7, 21-23), que por ello necesita ser

10 Cf. PABLO VI, *Discurso a la Asamblea de la ONU*, 4 de octubre de 1965.

redimido (cf. Rm 8, 19-25); pues el pecado afecta incluso al justo siete veces al día (cf. Prov. 24, 26). La fraternidad es precaria entre quienes somos extranjeros y peregrinos sobre la tierra (cf. Heb 11, 13). Pero la fraternidad es indispensable para la construcción de una vida verdaderamente humana y del reino de Dios.

El clima social y espiritual de nuestra época es un contexto y un aliciente que propician la comunión y la solidaridad; en NMI 43 hallamos una velada alusión a lo que denominamos aquí soporte antropológico-cultural cuando se nos dice que la espiritualidad de comunión “responde también a las profundas esperanzas del hombre”. Se mueve así la Iglesia en la línea de los “signos de los tiempos” que “interpreta a la luz del Evangelio” (GS 4). “Es necesario conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones” (NMI 43). El documento pontificio tiene en cuenta este mundo concreto nuestro.

Los cambios rápidos y profundos de la sociedad y de la conciencia humana han producido un desfase de la espiritualidad que avoca a la “anomia”. Se trata de descender al subsuelo de la cultura para encontrar los núcleos semánticos en torno a los cuales está organizada. “El Espíritu del Señor, que anima al hombre renovado en Cristo, cambia sin cesar los horizontes donde su inteligencia, su seguridad y los límites de su acción se encerraría de buena gana”.¹¹ La historia de la espiritualidad muestra que la continuidad de los valores cristianos fundamentales va unida a su encarnación en formas diversas según las diferentes zonas y épocas culturales.

La ruptura entre Evangelio y cultura es, en palabras de Pablo VI, el drama de nuestro tiempo,¹² pero esta ruptura no es nunca completa porque “la experiencia está definida siempre culturalmente, incluso la religiosa; la experiencia responde y con ello se ajusta a una situación global”.¹³ La

11 PABLO VI, Carta apostólica *Octogesima adveniens* n. 37.

12 PABLO VI, Exhortación apostólica postsinodal *Evangelii nuntiandi* n. 20 (En adelante: EN)

13 CERTEAU M. DE, “Culturas y espiritualidades” en *Concilium* 19 (1966) 184. Quien rompa con la cultura de su tiempo y pretenda una salvación en hilo directo con Dios y sin mediaciones se opone a los planes ordinarios de Dios. La fe no puede vivirse ni expresarse sino mediante manifestaciones culturales, y la evangelización no es posible sin la mediación cultural. Puebla n. 404 habla del “esfuerzo de transvasamiento del mensaje evangélico al lenguaje antropológico y a los símbolos de la cultura en la que se inserta”.

espiritualidad cristiana, por el carácter histórico de la revelación, debe responder a las características de cada época y expresarse con las categorías al uso. Hay una inculturación de la espiritualidad. Al igual que Cristo, la vida cristiana debe insertarse en la trama humana y asumir el riesgo de la historia. Separada del movimiento cultural, sobre todo en tiempos de grandes cambios, la espiritualidad retrocede dejando un vacío, no responde al hombre concreto situado histórica y culturalmente. El que ha perdido la herencia espiritual de la cultura es verdaderamente un desheredado. La espiritualidad debe insertarse en la historia y expresarse según las mediaciones culturales de los diversos lugares y tiempos, a fin de que sea vida de Dios para el hombre histórico. “Una fe con pretensiones de valer para todos los tiempos y un ideal supratemporal de santidad corren el riesgo de no ser jamás actuales y operantes”.¹⁴ Por tanto, ni incompatibilidad ni continuidad natural entre espiritualidad cristiana y cultura actual, sino encarnación y trascendencia, aceptación y superación.¹⁵

Hay elementos de nuestra cultura que favorecen la “espiritualidad de comunión” como una espiritualidad apropiada al tiempo presente. La espiritualidad de hoy cuenta, pues, con un soporte antropológico cultural.

3. SOPORTE BÍBLICO-TEOLÓGICO

A la par con las ciencias humanas, la teología ha dedicado particular atención a la dimensión social y dialogal del hombre. Éste se hace hombre en comunión con otros hombres, con personas como él que viven con los demás y para los demás.¹⁶

14 WIEDERHEHR D., “Diversas formas de existencia cristiana en la Iglesia” en *Mysterium salutis* IV/2 374.

15 Así se expresa el Vaticano II: “Múltiples son los vínculos que existen entre el mensaje de salvación y la cultura humana. Dios, en efecto, al revelarse a su pueblo hasta la plena manifestación de sí mismo en el Hijo encarnado, habló según los tipos de cultura propios de cada época... La buena nueva de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído. Con las riquezas de lo alto fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo y de cada edad, las consolida, perfecciona y restaura en Cristo” (GS 58).

16 Cf. GEVAERT J., *Antropología y catequesis*, Central Catequética, Madrid 1973; Ídem, *El problema del hombre*, Sígueme, Salamanca 1976, 31-67; BRIEN A., *El camino de la fe*, Marova, Madrid 1969; BONHÖFFER D., *Vida en comunidad*, Sígueme, Salamanca 1982.

La característica del cristiano es vivir con los demás, como canta el salmo: “¡Ved qué hermoso y qué dulce habitar los hermanos todos juntos!” (Sal 133, 1). El ideal cristiano de comunidad quedó plasmado en Hch 2, 42-47. Vivir juntos y en concordia es posible y es preceptivo desde la “vida en Cristo”, porque él es nuestra concordia (Cf. Ef 2, 14). Ahí pusieron su fundamento los apóstoles y, a partir de ellos, se configuró el canon de praxis cristiana, la “apostolica vitae forma” que informó las primeras comunidades.

La adhesión a Jesucristo conduce a una profunda comunión interior, que no es debida a la acción de afinidades naturales, aunque éstas también cuenten, pero no de forma primaria. Lo que hace la comunión religiosa es el ideal evangélico compartido.

3.1. Raíces trinitarias¹⁷

El primer fundamento de la comunión y de la fraternidad entre nosotros es la revelación de Jesús de que *Dios es Padre*. Este desvelamiento de Dios es el factor que determina la comunión-fraternidad-comunidad que emanan del mensaje evangélico. Quienes tenemos a Dios como padre entramos en comunión singular con él: *hijos de Dios* y entre nosotros: *hermanos*. Jesús corrió la cortina de este misterio: “Vuestro Padre que está en los cielos”, lo que autoriza a sus discípulos a hacer suya la plegaria salida de labios del Maestro: “Padre nuestro que estás en los cielos”. La catequesis pospascual irá ulteriormente precisando y ampliando las fronteras de la paternidad de Dios y las de nuestra fraternidad (Cf. Rm 8, 14-16; Gál 4, 4-7; 1 Jn 3, 1-3...).

La vida cristiana consiste en una peculiarísima relación-dependencia del misterio fontal cristiano, la Trinidad santa del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Vaticano II ha recuperado con fuerza esta perspectiva.¹⁸

Para nosotros, Cristo es la clave en cuanto revelador del Dios cristiano, el Dios Trinidad. Cristo nos ha revelado no sólo la existencia, sino también quién es, cómo es, qué significa para nosotros el Padre y el Espíritu. Jesús es la puerta que nos ha entreabierto e introducido en el misterio del Dios cristiano.

17 Cf. SÁNCHEZ CHAMOSO R., “La misión tiene raíces trinitarias” en *Misión hoy* 28 (2001) 9-11, donde se expone la vuelta de la teología al misterio trinitario.

18 Cf. *Ibidem* con referencia especial a la doctrina del Vaticano II.

Cristo es el camino seguro que lleva al Padre (cf. Ef 1, 3-14; 2, 11-22). Cuando se le denomina “alfa y omega” (Ap 22, 13), se nos está diciendo en clave que es el “nuevo alfabeto”, la “gramática” que posibilita al hombre el hablar sobre Dios. A ello añádase cuando Jesús es llamado la Palabra (cf. Jn 1, 1-18) con la que se puede hablar con Dios. De esta forma, Cristo es el puente de conexión entre Dios y el hombre, el mediador de la comunión con Dios. Por otra parte, como Palabra es el modelo interpretativo de toda la realidad (Cf. Col 1, 12-20).

Y hay más. Cristo nos desvela al Espíritu Santo y su función de acompañante, guía y abogado nuestro. El Espíritu Santo es visto por Cristo como el que le complementa, pues gracias a él es posible, ante todo, comprender el Evangelio de Jesús (cf. Jn 14, 26; 16, 13). El Espíritu unifica la comprensión del mensaje, es el intérprete que pone en comunicación y une al cuerpo de la Iglesia (Cf. 1 Cor 12, 12-13), es el que la hace comunidad de hermanos, el que crea la comunión en el seno eclesial al modo como lo hace en el seno de la Trinidad. El Espíritu crea el nuevo pueblo al que dota de un corazón de carne, hace que se unan los discípulos del Señor reunificándolos en Pentecostés, hace que se redescubran como hermanos en una definitiva fraternidad. La comunidad es renovada constantemente por el Espíritu y, gracias a él, camina en novedad de vida (cf. Hch 2, 42-47). En una palabra, el Espíritu, que en el misterio trinitario es el lazo de amor entre las personas divinas, en el seno de la Iglesia es también el lazo de amor entre hermanos que forman la “familia de Dios”.

3.2. *“Hermanos”: NT y Tradición eclesial*

Nuestra vocación es ser hermanos. “Amaos de corazón e intensamente unos a otros” (1 Pe 1, 22; Jn 13, 34).

La fraternidad del mensaje del NT presupone el uso de concepciones del AT, pero su peculiaridad reside en el hecho de que las supera y ensancha (Cf. Jn 8, 33-42. 53. 56).

La comunión típica de hermanos implica solidaridad, conformación de una familia animada por los mismos ideales, fundamentada en una misma alianza o pacto por los que Dios se acerca a la humanidad, unificada en la expectativa del mismo destino de salvación.

El término “fraternidad” es extraño al NT, pero son muy numerosos los vocablos y conceptos ligados a la fraternidad. Valga esta apretada síntesis conceptual:

Hermano es el que tiene el mismo padre que Cristo (Cf. Rm 8, 29).

Hermanos son los discípulos del Señor (Cf. Mt 23, 8; Hch 1, 15; 1 Cor 15, 6; Flp 4, 1; Heb 2, 12...).

Hermano es el que está unido a Cristo por la escucha de su palabra (Cf. Mt 12, 22-24; 1 Jn 2, 9-10; 3, 10-17; 4, 20...).

Hermano es el ofensor perdonado (Cf. Mt 18, 15-22).

Hermano es aquél al que no hay que juzgar, sino ayudar (Cf. Mt 7, 1-5; Rm 14, 10-13).

Por otra parte, fraternidad indica un estilo de vida distintivo de los cristianos, por lo que Hermas exhorta a “conservar la fraternidad”; estilo de vida por el que la comunidad cristiana se diferencia de los paganos. Tras las huellas de la doctrina apostólica, los cristianos desde el principio se denominan entre sí “hermanos”.¹⁹ Así san Justino en la Primera Apología, san Clemente Romano repetidas veces en su Carta a los Corintios, san Ignacio de Antioquia llama “hermanos” a los miembros de las comunidades de Esmirna, Filadelfia y en la Carta a Policarpo; por su parte, Orígenes nos recuerda que Cristo llama a sus discípulos “hermanos” en su obra sobre la oración. Y por ahí sigue la gran Tradición eclesial, que llega hasta el Vaticano II y la mantiene viva entre nosotros. La encarnación es la vía para lograr la unión fraterna (Cf. AG 3). En LG 7 leemos: “Y a sus hermanos, consagrados de entre todos los pueblos, (Cristo) los constituyó místicamente su cuerpo, comunicándoles su Espíritu”. El Vaticano II entiende a la Iglesia en su globalidad como signo de fraternidad, como comunión fraterna (Cf. LG 1.9.13.43.48; GS 32.42; AG 2). El estilo de vida sellado por la fraternidad se debe abrir a los miembros de otras religiones (Cf. NA 5). Por último, la Iglesia ha de laborar en la realización universal de la fraternidad (Cf. GS 3), y se presenta ante el mundo como “sacramento de la unidad de todo el género humano” (LG 1; cf. 9. 48; GS 42), y a los obispos se les confía la tarea de enseñar “la fraterna convivencia de todos los pueblos” (CD 12).

19 Para los testimonios de la tradición eclesial que siguen, cf. DE CANDIDO L., “Fraternidad” en NDE 569-572.

La fraternidad tiene matices que muestran cómo se extiende a los diversos niveles eclesiales. He aquí otro sesgo de la “espiritualidad de comunión”, extensiva ahora a los ministerios eclesiales.

San Ignacio de Antioquia llama hermanos a los diáconos, colegas en la jerarquía de sus comunidades. San Hilario considera hermanos a los obispos de las Galias. San Agustín llama “hermano en el apostolado” a san Paulino de Nola. El papa san Gregorio Magno dedica su célebre *Moralia* al “hermano Leandro, obispo de Sevilla” y llama “hermano carísimo” al obispo Juan de Constantinopla y al obispo de Salona. Este lenguaje de fraternidad jerárquica se hace tradicional y llega a nuestros días en los documentos papales dirigidos a los obispos. El obispo llama “hermanos queridísimos” a los sacerdotes en la misa crismal. Los presbíteros están “unidos entre sí por íntima fraternidad sacramental” (PO 8; Cf. LG 28). Y sigue el proceso, obispos y presbíteros se presentan como hermanos de los demás seguidores de Jesús: “Los presbíteros son hermanos entre sus hermanos, como miembros de un solo y mismo Cuerpo de Cristo, cuya edificación ha sido encomendada a todos” (PO 9).²⁰ Existe una fraternidad entre pastores y laicos (Cf. LG 32. 37).

La fraternidad se introduce en la escatología. El Vaticano II alude a la fraternidad escatológica (Cf. GS 39). Habría que traer aquí la teología de la “comunión de los santos”. Los que nos precedieron y gozan ya de la gloria son vistos como “hermanos mayores”, y los difuntos son “hermanos nuestros”, como reza la liturgia. La muerte no ha podido romper el vínculo de la fraternidad. Por otra parte, la liturgia, que es acción de fraternidad eclesial, está llena de intercesiones por toda clase de hermanos, sobre todo los más necesitados. En el bautismo se ruega “llevar abundantes frutos de fraternidad” y “crecer en santa fraternidad”. Las numerosísimas invitaciones de la oración litúrgica comienzan con el apelativo “hermanos”, tanto en la liturgia eucarística, como en la de los sacramentos y en la de las horas.

Después de este recorrido por la tradición cristiana, vemos que la fraternidad expresamente promovida, y la “espiritualidad de comunión” que arranca de ahí, no se puede reducir a las diversas formas de vida monástica o de vida consagrada (Cf. LG 43; PC 1. 5-9. 15), sino que es extensiva a todo el pueblo de Dios. El uso generalizado del apelativo “hermano” no es puro

20 PABLO VI, en la Encíclica *Ecclesiam suam* 88, escribe: “Es necesario, además, que para ser pastores, padres y maestros de los hombres, nos hagamos hermanos de los hombres”.

nominalismo o mera cortesía cristiana carente de contenido. Es un término grávido de contenido bíblico y teológico, con inequívoco marchamo evangélico. Esta fraternidad se muestra de modo destacado en la caridad afectiva. Aquí se inscribe la rica vena patrística (Clemente Alejandrino, Cipriano, Basilio, Juan Crisóstomo, Agustín...) sobre la necesidad de compartir los bienes con el hermano necesitado. La caridad efectiva es la modalidad del amor resaltada por la “espiritualidad de comunión”, y encuentra en ésta un nuevo aliciente y un cauce de realización.

3.3. *La palabra de la teología*

Al hablar de comunión, comunidad o fraternidad cristiana debemos apresurarnos a decir que están basadas en los vínculos de la fe y no en el vínculo de la carne. No es la familia humana el prototipo de la vida comunitaria cristiana, sino la vida trinitaria en su especificidad. Habrá de ser una comunión que se edifique sobre la gracia, entre hermanos unidos por lazos de fe y por el ideal evangélico.

La visión cristiana del hombre afirma que éste participa de alguna manera de la realidad de Dios (Cf. Gén 1, 26-27; 5, 1-2), por lo que comparte como don algunas cualidades divinas: amor, libertad, verdad, espiritualidad, bondad... Esta comunión en las cualidades divinas mancomuna a todas las personas humanas, algo que no pudo destruir el mismo pecado primordial. La redención lleva a cabo la regeneración del hombre. Esta interpretación teológica²¹ allana el camino de la fraternidad, porque libera a la persona tanto de la insolidaridad (con Dios y con los hombres) como de la fraternidad cainita.

Exponemos en tres pasos la visión teológica de la fraternidad.

a) La fraternidad procede de arriba: *dimensión vertical*. La *Palabra* de Dios está en la base, única y unitaria, elemento dinámico de convergencia y comunión. Es sacramento de unidad. La *oración* es una de las citas comunitarias más vivas y eficaces, garantía de la presencia del Señor (Cf. Mt 18, 20). La oración compartida significa repetir las actitudes de fraternidad típicas de la primera comunidad (Cf. Hch 1, 14; 2, 42). La oración nos orienta

21 Cf. DE CANDIDO L., *a.c.*, 575-578.

hacia un centro de interés común, Dios, en el que todos nos encontramos, y propicia y crea idénticos sentimientos en todos los hermanos. La oración comunitaria tiene su vértice en la *eucaristía*, comunión por antonomasia con Cristo y con los hermanos. Como memorial, recrea las situaciones de amor y de comunión de la Cena pascual, demanda la imitación de servicio y donación de Cristo a favor de los hermanos.

b) La fraternidad se expresa en una *dimensión horizontal*. Es la experiencia de *koinonia* de la comunidad apostólica (cf. Hch 2, 42), que contribuye en todo tiempo al crecimiento de la fraternidad en cada situación concreta. La *koinonia* sitúa al discípulo del Señor, frente al hermano que ha errado, en dos actitudes positivas: el perdón y la corrección fraterna (Cf. Gál 6, 1), en actitud de ayuda mutua (Cf. Gál 6, 2) que reconstruyen la paz de la fraternidad y libran de la tentación de marginar. Perdón y corrección fraterna ponen a prueba el realismo de la fraternidad cristiana, y son una verificación de nuestra obediencia al Evangelio (Cf. Mt 6, 12-14; 18, 15-18. 23-35; Mc 11, 25; Lc 17, 3-4; Gál 6, 1-2; Ef 4, 32; Col 3, 12-13; Sant 5, 19-20...).

El Vaticano II se detiene en este punto. El Evangelio es fermento de fraternidad (Cf. AG 8), La acción “para una mayor fraternidad” vale más que el progreso técnico (Cf. GS 35), la práctica de la fraternidad es uno de los medios absolutamente necesarios (Cf. AG 12). A los laicos se les apremia a trabajar en pro del sincero afecto fraterno (Cf. AA 14). La creatividad misionera favorece la concordia fraterna (Cf. AG 7). El ecumenismo debe manifestar “la unión fraterna que existe entre todos los cristianos” (UR 5), fraternidad ecuménica que guarda estrecha relación con la santa Trinidad (Cf. UR 7).

c) La fraternidad se muestra a través de las *obras del Espíritu* (Cf. Gál 5, 22), caminos de liberación que contrarrestan las obras de la “carne”. Éstas dañan la fraternidad porque proceden de raíz egoísta. Enumeremos, entre las obras del Espíritu, el *amor* constructor de comunión (Cf. Mt 22, 37-40); la *alegría* de escuchar juntos el mensaje de amor (Cf. Jn 15, 10-11); la *paz* como herencia del Señor (Cf. Jn 14, 27; 16, 23), como don que se ofrece a todos (Cf. Mt 10, 12; Lc 10, 5) y como tarea (Cf. Mc 9, 50; Rm 12, 18; Col 3, 15); la *paciencia* que es perseverancia (Cf. Rm 8, 25) y también aceptación realista de la convivencia (Cf. Col 3, 12-13; Ef 4, 1-3); la *benevolencia* que acerca la acción comunitaria (Cf. Col 3, 12-14) a la acción del mismo Dios (Cf. Rm 2, 4; Tit 3, 4); la *fidelidad* a imitación del Dios fiel (Cf. 1 Cor 1, 9; 1 Tes 5, 24).

La teología ve la comunión-fraternidad como una obra fascinante, pero laboriosa y difícil, porque el peso del individualismo nos arrastra con su fácil inercia. La dura experiencia de la vida tejida de fracasos, decepciones y cansancios inducen a relegar la comunión al mundo de la utopía; utopía, sí, pero utopía cristiana y evangélica, proyecto realizable. Haciendo los caminos del Espíritu seremos realistas, pero también optimistas. “Con Dios haremos proezas” (Sal 107, 14).

4. ENCLAVE ECLESIAL

El cristiano es hijo de Dios y hermano de los demás, filiación divina y fraternidad son sus dos títulos esenciales. Una y otra cosa se aúnan en su condición de miembro de la “familia de Dios”, del pueblo de Dios, de la Iglesia. Éste es su enclave, el necesario contexto de la “espiritualidad de comunión”. Es el punto que abordamos a continuación.

4.1. Modalidades y vertientes de la “espiritualidad de comunión”. Rasgos y caminos para alcanzarla

¿En qué consiste la “espiritualidad de comunión”? ¿Cómo definirla? ¿Cómo concretarla para hacerla operativa? ¿Por qué caminos o medios se logra y se expresa? NMI 43 nos ofrece algunas pistas.

4.1.1. Espiritualidad trinitaria

La “espiritualidad de comunión” consiste, en primer lugar, en una actitud personal, inicial y englobante. “Una mirada del corazón sobre todo al misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado” (NMI 43). El hombre descubre la presencia de Dios en él desde el corazón arraigado en Dios.²² La Trinidad divina como fuente y modelo supremo de comunión. A

22 Como reza el himno litúrgico: “Desde el cimiento mismo del corazón despierto/, desde la fuente clara de las verdades últimas” (Hora intermedia, miércoles de la I Semana. Tiempo ordinario XVII. Edición española).

ella dirige su mirada, en primer lugar, la Iglesia en el Vaticano II para decir al mundo qué es y cómo se autocomprende (Cf. LG cap. I). Y hacia ese hontanar encamina la Iglesia a sus hijos. Por tanto, podemos decir que “espiritualidad de comunión” es primariamente una *espiritualidad trinitaria*. De esta forma, dirigimos la mirada hacia lo más profundo de nosotros mismos, pues “la Trinidad habita en nosotros” y nos hace ser “imagen de Dios”, centella de lo divino en la carne de Adán, primera y fundamental definición teológica del hombre. “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? 1 Cor 3, 16).

Por otra parte, si echamos una mirada a los evangelios, vemos que esta espiritualidad trinitaria fue el rasgo más destacado en la vida de Jesús: su relación profunda y única con el Padre y el Espíritu.

Son los místicos quienes han podido asomarse a ese insondable misterio de comunión del hombre con Dios, ya en la tierra.²³ La espiritualidad trinitaria remite a los cristianos a la única fuente de santidad y perfección, la verdadera raíz de toda espiritualidad. Si “vivimos según el Espíritu cumpliremos la ley en plenitud” (Rm 8, 4).

4.1.2. Espiritualidad fraterna

La mirada hacia el fondo de nosotros mismos no nos clausura en la interioridad personal, ni reduce la espiritualidad a una relación entre Dios y cada uno individualmente considerado. Sabemos que en los hermanos, en todo hombre, se da también esa presencia trinitaria que comparten con nosotros, y en virtud de la cual formamos la “familia de Dios”. “Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor... Revestíos del amor que es el vínculo de la perfección” (Col 3, 12.14); cf. 1 Tes 4, 9-10). Tenemos un Padre común, fruto del don de Dios compartido, que nos regala al mismo tiempo el don del hermano: los hermanos no se eligen, se reciben.

23 “Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta, que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella por modo participado, porque, dado que Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad, en que el alma se hace deiforme y Dios por participación... Porque esto es estar transformada en las tres Personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma a Dios, y para que pudiese venir a esto la crió a su imagen y semejanza” (S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*. Canción 39, 4).

Por consiguiente, la referencia al Dios trinitario nos vincula al misterio de Dios tanto verticalmente (vida de relación interpersonal de cada uno con Dios) como horizontalmente (relación interpersonal de cada uno con el hermano). Recordemos este significativo manifiesto del Vaticano II sobre la igualdad fundamental de los hermanos como dato previo a toda diferenciación por título de servicio o ministerio:

Es común la dignidad de los miembros...; común la gracia de la filiación; común la llamada a la perfección... No hay, por consiguiente, en Cristo y en la Iglesia ninguna desigualdad por razón de la raza o de la nacionalidad, de la condición social o del sexo... Aun cuando algunos... han sido constituidos pastores para los demás, existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo (LG 32).

NMI habla de la “capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico” y, por tanto, como “uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad” (NMI 43). Por consiguiente, la “espiritualidad de comunión” es una *espiritualidad de fraternidad*. “Dios ha derramado su amor en nuestros corazones” (Rm 5, 5; Ef 2, 18) para que amemos como él nos ama, pues “la fe actúa por medio del amor” (Gál 5, 6).

También los evangelios descubren en Jesús esta espiritualidad fraterna, el “primogénito entre los hermanos”, en solidaridad total con los demás. Y con los evangelios, los escritos apostólicos (Cf. Gál 3, 27; Ef 2, 12-17).

La fraternidad (*adelphotes, fraternitas*) es la mejor manera de designar a la comunidad cristiana que inspira la original forma de espiritualidad en los primeros siglos. Es el distintivo de los seguidores de Jesús (cf. 1 Pe 2, 17; 5, 9).²⁴ La fraternización opera la superación de toda división, segregación o barrera, y congrega, reconcilia y reúne a los divididos y a los dispersos. La liturgia pide para la Iglesia la realización de esta fraternidad.²⁵ G. Lohfink

24 Cf. MALDONADO L., *La comunidad cristiana*, Paulinas, Madrid 1992.

25 “Reúne en torno a Ti, Padre misericordioso, a todos tus hijos dispersos por el mundo” (Plegaria eucarística III). “Te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congregate en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo” (Plegaria eucarísticas III). Cf. SÁNCHEZ CHAMOSO R., “El CPV: Acontecimiento misionero” en *Labor Theologicus* 27 (2001) 73-77.

ha recopilado los textos del NT que describen la relación de unos con otros en la Iglesia y que resume en estos términos: acogerse, estimarse, tener el mismo sentir, consolarse, edificarse, soportarse.²⁶

En la situación contemporánea, dada la condición de diáspora y de minoría cristiana en la sociedad, situación irreversiblemente pluralista, la supervivencia de lo cristiano radica en la constitución de fraternidades que actúen con su presencia en el mundo. Ahí se realizará la eclesialidad hoy, en la comunidad local. Desde esa comunidad (fraternidad restringida) somos invitados a extender el círculo hasta que abarque a la totalidad de los hombres. La comunidad cristiana está “vacunada” contra toda tentación sectaria por la misión que se le ha encomendado de cara a todo el mundo.²⁷

A este respecto, debemos decir una palabra sobre la religiosidad popular, que es una expresión de la “espiritualidad de comunión” y de espiritualidad fraterna en forma espontánea y sencilla. La religiosidad popular aglutina al pueblo y hace que se sienta unido a través de manifestaciones variopintas que sin duda habrá que discernir, pero que en manera alguna se puede olvidar. La forma oficial del catolicismo ha recorrido un camino sin referencia adecuada a la piedad del pueblo, que ha seguido su propio sendero.

La espiritualidad comunitaria está avocada por nuevos títulos a recuperar la religiosidad popular. El Sínodo de los Obispos de 1974, que enfatiza la Iglesia-comunión, considera la religiosidad popular como base necesaria para una obra de evangelización auténtica y realista. Pero queda pendiente la tarea de la modalidad críticamente refleja que asume el cristianismo en la cultura popular. No se puede imponer al pueblo una espiritualidad de élite, sino que debe ser respetado en su idiosincrasia y en sus valores. Escuchemos estas palabras de Pablo VI:

La piedad popular contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos

26 Cf. LOHFINK L., *La Iglesia que Jesús quería*, DDB, Bilbao 1986, 110-117.

27 El Vaticano II relanza a toda la Iglesia a la misión, y recupera el valor primordial del testimonio que obliga a todos (Cf. GS 12). Cf. sobre el tema MARTÍN VELASCO J., *El malestar religioso de nuestra cultura*, Paulinas, Madrid 1993, 335-343 (En adelante: MRC).

*de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción.*²⁸

Liturgia y religiosidad popular exhiben un marcado denominador común comunitario. Una y otra deben interfecundarse, en mutuo enriquecimiento y en mutuo correctivo.

4.1.3. Espiritualidad eclesial

De la estrecha vinculación de la “espiritualidad de comunión” con la “eclesiología de comunión” se deriva necesariamente que aquélla sea una *espiritualidad eclesial* y fomente en nosotros el “sentire cum Ecclesia”.

La dimensión eclesial es un rasgo constituyente de la comunidad cristiana,²⁹ y lo es como don de Dios.³⁰ El cristianismo no es un asunto privado de cada hombre con Dios y de Dios con cada hombre (Cf. LG 9). El Vaticano II ha incorporado a la conciencia de los que siguen sus pautas la convicción del carácter esencialmente comunitario y eclesial de la vida cristiana. “La eclesialidad es rasgo de la espiritualidad cristiana”.³¹ Auto-comprensión de la Iglesia y espiritualidad se autoimplican. No puede darse

28 PABLO VI, EN n. 48. Los documentos eclesiales más directamente referidos a América Latina tienen en cuenta el peso específico de la religiosidad popular, “forma parte activa con la cual el pueblo se evangeliza constantemente a sí mismo” (Puebla n. 450), “inculturación de la fe cristiana hecha por el propio pueblo” (JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America* n. 16 (En adelante: EA). Santo Domingo la describe con estas palabras: “Valores, criterios, conductas y actitudes que nacen del dogma católico y constituyen la sabiduría de nuestro pueblo, formando su matriz cultural” (n. 36).

29 Cf. BLÁZQUEZ R., *Jesús, sí; Iglesia también*, Sígueme, Salamanca 1983, 291-317; MARTÍN VELASCO J., “Identidad cristiana y pertenencia eclesial” en *Sal Terrae* 72 (1984) 91-101.

30 “La pertenencia eclesial no es primariamente objeto de una decisión que los miembros adoptan, ni de una obligación que se les imponga; es don y se recibe con gratitud” (MARTÍN VELASCO J., MRC 296).

31 Cf. *Ibidem*, 293-309.

una espiritualidad cristiana al margen de la Iglesia. En efecto, a la economía de la encarnación operada en Jesucristo corresponde la ley cristiana de la sacramentalidad histórica que comporta la presencia de la Iglesia. La continuidad de la presencia del Resucitado a lo largo de la historia exige la continuidad de esa comunidad, que la hace sacramentalmente presente en el tiempo de los hombres.³²

Esta relación entre Iglesia y espiritualidad se traduce en nuestro hoy teológico en una peculiar relación: la existente entre Iglesia-comunión y “espiritualidad de comunión”. Ésta nos adentra y nos hace vivir la Iglesia-comunión.

Nos hallamos ante una tarea pendiente, dada “la distancia entre la esencial eclesialidad del ser cristiano y las formas concretas de realización de la misma”.³³ Es verdad que la eclesialidad es un don que se debe recibir con gratitud, pero como todo don de un Dios personal es a la vez tarea que el hombre agraciado por Dios ha de asumir, profundizar y llevar a plenitud. La eclesialidad es, pues, don y tarea, es pasiva y activa, descendente y horizontal. De ahí se deduce que corresponde a los miembros de la Iglesia buscar las formas más adecuadas de realización de la eclesialidad en cada época histórica.

Hacer comunidad, vivir unidos en comunión son términos claves de la vida contemporánea. El individualismo que ve al hombre como autosuficiente y acalla su dimensión social está hoy en entredicho. Se opera un cambio radical de planteamiento. Se toma conciencia de la estructura dialogal del hombre, que se realiza en el encuentro con los demás. “Dios no creó al hombre en solitario... El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás” (GS 12d). Crece el sentido de la unidad de la familia humana y se tiende a superar la ética individualista (Cf. GS 25-26).

El cristianismo de nuestros días es muy sensible a las dimensiones comunitarias, resaltadas en la revelación bíblica (Cf. LG cap. II). El Vaticano II orientó su atención a la realidad de la Iglesia, concebida como comunión, solidaridad entre las personas que la componen, fundada en la participación del principio profundo que es la Trinidad. Esta perspectiva eclesiológica

32 Cf. *Ibidem*, 295.

33 *Ibidem*, 294,

modifica el planteamiento de la espiritualidad en sentido eclesial, y replantea en profundidad el modo de estar y vivir en la Iglesia: formación de comunidades al modo de la primitiva Iglesia, fomento de la fraternidad, ejercicio de la corresponsabilidad por los diversos carismas al servicio de la Iglesia. Esta naciente espiritualidad eclesial precede a toda diferenciación de carismas.

Dado el carácter comunitario de la salvación, ésta ha de realizarse en la Iglesia, en la que Cristo está presente sacramentalmente en sus misterios, para hacer de los creyentes una comunidad de vida en fraternidad, solidaridad, caridad y amistad. Los fieles viven en comunión entre sí en las diferentes comunidades eclesiales y con los santos, particularmente con María, modelo de santidad para la Iglesia (Cf. LG cap. VIII),

Espiritualidad eclesial, familiar y comunitaria, solidaria y fraterna, pero no conventual pues es propia de todo el pueblo de Dios y no sólo de uno de sus estamentos como es la vida religiosa.

4.1.4. Espiritualidad cultural

La comunidad cristiana es comunidad cultural, litúrgica, lo que refuerza su dimensión eclesial y comunitaria.

La comunidad cristiana está constituida por “hermanos” consagrados a Cristo en el bautismo, vinculados al servicio de la Iglesia en la confirmación, vivificados constantemente en la eucaristía. Es una “comunidad de salvados” que celebra la salvación. Ése es el culto cristiano, nutriente de la “espiritualidad de comunión”. Si esto pasara desapercibido o fuera relegado a un segundo plano, se quebraría uno de los principales quicios del ser cristiano, pues se perdería la relación vital con el Dios salvador y santificador. En la liturgia se reafirma que el eje básico es Dios.

Una de las señas de identidad de la comunidad cristiana es precisamente la liturgia, expresión comunitaria del sentirse salvados, confesión de la presencia operante y fiel de Dios en medio del pueblo de Dios, sujeto litúrgico. “Gracias a Cristo unos y otros, unidos en un solo Espíritu, tenemos acceso al Padre” (Ef 2, 18). En el culto cristiano, el Cristo total, o sea, “la cabeza y sus miembros, ejercen el culto público íntegro” (SC 7c-d); la liturgia, “por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados” (SC 7b; cf. 5b; 10b), fuente y cumbre de la vida de la Iglesia (Cf. LG 11a; SC 10a; 14b).

El principio sentado por el Vaticano II de que en la Iglesia no hay sujetos meramente pasivos (Cf. AA 2a), adquiere todo su valor en la participación de todos los fieles en la oración oficial de la Iglesia (Cf. LG 11; SC 11; 14a; 21b).

La liturgia es la mejor “pedagogía de la fe”. Ahí se nutre la vida cristiana, ahí se encuentra la “escuela de la comunidad”. La postura del Vaticano II es nítida: “Es la fuente primaria y necesaria en la que han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano” (SC 14b). La espiritualidad litúrgica es esencial a la espiritualidad cristiana.

Pueblo orante, pueblo creyente (*Lex orandi, lex credendi*). La liturgia celebra la fe, expresa la fe, alimenta la fe de la comunidad, donde todos crecemos y maduramos como comunidad creyente. La liturgia es la transmisora de la fe y de la vida de la Iglesia.

La liturgia, y de forma eminente la eucaristía, es la primera forjadora de la comunidad: “La eucaristía hace la Iglesia”, y la que realiza y expresa mejor la comunión con Cristo: “En esta obra tan grande, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por él tributa culto al Padre Eterno” (SC 7b).

El momento principal de la vida comunitaria es indudablemente la celebración de la eucaristía, sacramento de comunión de los hermanos y sacramento de reconciliación, que cura las heridas sufridas por la comunión. Es, por tanto, momento privilegiado de la “espiritualidad de comunión”.

4.1.5. Espiritualidad solidaria

La “espiritualidad de comunión” nos encamina a “ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios, un don para mí” (NMI 43). Dios, fuente de todo bien, nos alcanza también a través de los bienes sembrados en los demás. De esta forma, los otros son para mí camino que viene de Dios y que lleva a Dios, pues ha querido que el encuentro con él pase por el “rodeo” del otro.

La “espiritualidad de comunión” fomenta en nosotros el agradecimiento hacia los otros, la valoración de los mismos, pudiendo llamarla *espiritualidad solidaria*. En la medida en que se arraigue en nosotros, haremos frente a “las

tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias” (NMI 43).

La espiritualidad de fraternidad tiene hoy una urgente tarea para superar desigualdades, barreras todavía existentes en la Iglesia, en virtud de las cuales se discrimina al laico y, especialmente entre los laicos, a la mujer. E incluso esta espiritualidad nos puede ayudar a enfocar correctamente desde el Evangelio temas tan polémicos y debatidos como la “democratización” de la Iglesia.³⁴ Pero quizá donde más claramente vemos los efectos de esta espiritualidad solidaria es en el aporte que proporciona a la lucha contra la soledad, que de una u otra forma nos afecta a todos. Nadie debería sentirse solo, el individualismo encuentra aquí su antídoto.

4.1.6. Espiritualidad creativa

Nos recuerda NMI que la espiritualidad de comunión es el motor de “ámbitos e instrumentos que, según las grandes directrices del Concilio Vaticano II, sirven para asegurar y garantizar la comunión” (n. 44). Reconociendo lo mucho que ya se ha hecho en este sentido, el papa afirma que “queda ciertamente aún mucho por hacer para expresar de la mejor manera las potencialidades de estos instrumentos de comunión, particularmente necesarios hoy ante la exigencia de responder con prontitud y eficacia a los problemas que la Iglesia tiene que afrontar en los cambios tan rápidos de nuestro tiempo” (*Ibíd.*).

Esto significa que la “espiritualidad de comunión” se hace operativa, moviliza las fuerzas capaces de crear comunión, está en la base de los

34 Baste una referencia: “Comprensión de la Iglesia en términos de fraternidad. Desde ella aparecería con claridad que cualquier recurso al modelo democrático de organización de la sociedad, y cualquier exigencia de la aplicación de los derechos humanos al interior de la Iglesia aparecen inadecuados, pero no porque resulten excesivos, sino porque se quedan cortos en comparación con las transformaciones que supondría la traducción jurídica de la idea evangélica de fraternidad, sobre todo si, a la exigencia de igualdad a que venimos refiriéndonos, se añade la insistencia en la parcialidad por los pequeños y la preferencia por los pobres” (MARTÍN VELASCO J., MRC 304). Cf. Notas 13 y 15: la democracia como símbolo de nuestra cultura no puede ser ajena a la Iglesia. Cf. además SÁNCHEZ CHAMOSO R., *La Iglesia ante la democracia*. Cátedra Mons. Romero, Cuaderno N° 2, Parroquia Universitaria, Caracas 2000.

“instrumentos de comunión”, nos saca de la pasividad y nos lanza al campo de la acción, a crear ámbitos y medios creadores de comunión, a enrolarnos en los ya existentes y a luchar contra todo obstáculo que se interponga. Esta convocatoria se dirige a todos. Debemos revisar con seriedad, personal y comunitariamente, cómo nos encontramos en este punto de creatividad, que quizá tengamos un tanto relegado debido al hábito (o pereza) de seguir caminos trillados.

4.1.7. Espiritualidad comprometida

Finalmente nos ocupamos de otra vertiente de la “espiritualidad de comunión” que denominamos *espiritualidad comprometida*, o sea, militante, misionera, testimonial, no evasiva. Es algo que se denuncia como laguna en algunos de los movimientos y grupos actuales.

A este respecto, adquiere singular importancia el testimonio, de forma que la propia vida cristiana incide en las actuales circunstancias del mundo y de la Iglesia. Testimonio que, según el NT, implica proclamación, anuncio, predicación, signos, celo vivo, ser testigo viviente que se identifica con lo que testimonia, evangelización por “contagio” y difusión celular. Es un existir entre los hombres según el estilo de vida personal y comunitario, que transparente los valores del Reino y haga posible su presencia y su reconocimiento por aquéllos con los que se convive.³⁵

La urgencia del compromiso social derivado del amor fraterno y del carácter liberador del cristianismo; la concepción de la Iglesia como comunión; la visión de la revelación bíblica como acontecimiento en la historia y su dimensión ética se oponen a una espiritualidad cristiana inoperante y desconectada del destino histórico del hombre. Una espiritualidad no anclada en la historia se convierte en una ideología que da cobertura a cualquier sistema vigente y a la irresponsabilidad egoísta. Para una auténtica espiritualidad comunitaria no existe neutralidad o inocencia política, que en realidad es incompatible con la fuerza dinámica y transformadora del Espíritu. La

35 Cf. MARTÍN VELASCO J., MRC 335-343. Esta responsabilidad testimonial brota del mismo ser cristiano, y no como resultado de una encomienda, pudiendo hablar de “función subsidiaria del orden jerárquico” (PIO XII, Encíclica *Quadragesimo anno* n. 80), que no monopoliza la responsabilidad del testimonio cristiano.

“espiritualidad de comunión” no se puede recluir en el ámbito de la interioridad, y deberá distanciarse de la proyección ultraterrena que aplice exclusivamente para el más allá la salvación querida por Dios y la consecución del Reino de Dios, sino que debe afirmar el nexo intrínseco entre el presente y el futuro. La “espiritualidad de comunión” no puede ignorar los imperativos sociales del mensaje evangélico, especialmente el amor a los despreciados con quienes Cristo mismo ha elegido identificarse. La dimensión contemplativa y a la vez operativa de esta espiritualidad queda bien formulada en aquella frase de D. Bonhöffer: “Nuestra existencia de cristianos sólo tendrá en la actualidad dos aspectos: orar y hacer justicia entre los hombres”.³⁶

La “espiritualidad de comunión” implica también el compromiso pastoral. A esta luz deberán revisarse algunos grupos que acaparan la atención actual en la Iglesia. La espiritualidad no se puede reducir a la vida personal privada, al margen de la vida de la Iglesia y de su misión en el mundo, sino que tiene una valencia pastoral y de compromiso con la fe que se profesa. La comunión que somos tiene que exteriorizarse operativamente en un compromiso pastoral con la Iglesia. Tarea que afecta a todos sin excepción y que el Vaticano II ha puesto de relieve (Cf. LG cap. IV, AA y AG *passim*). Por ello, Juan Pablo II nos ha recordado el talante y la tarea misionera común como algo que “ha de hacerse patente en las relaciones entre obispos, presbíteros, diáconos, entre pastores y todo el pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales” (NMI 45). Nadie escapa en esta enumeración a la obligación del compromiso con la fe profesada, y que se traduce en una manera de vivir lo cristiano (espiritualidad) transida de comunión. Por tanto, la “espiritualidad de comunión” desborda la propia vida interior, y, en palabras del papa, “aconseja una escucha recíproca y eficaz entre pastores y fieles” (NMI 45). Para ello son necesarios “espacios de comunión (que) han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia”, y “se deben valorar cada vez más los organismos de participación” existentes o que deben ser creados (MNI 45). Esta concepción de la Iglesia que habla de “espacios de comunión”

36 BONHÖFFER D., *Resistencia y sumisión*, Ariel, Barcelona 19712, 182. Es posible conjugar términos, a veces tan disociados, como la unión con Dios, la comunión con los demás y el compromiso con la sociedad; la Iglesia nos “invita a todos a la comunión con los hermanos en una sociedad justa y solidaria” (JUAN PABLO II, EA n. 68).

y de “organismos de participación” rebasa claramente el ámbito de la pura organización eclesial, que podría entenderse por alguien como facultativa, epocal o coyuntural, y apunta a la esencia de la institución eclesial. Por tanto, a esta luz, la participación y el compromiso eclesial de todos se nos muestra como componente y variante de la espiritualidad de todos los cristianos, y no como un factor del que se podría prescindir. Por otra parte, es una llamada a la confianza y apertura que se corresponde con la dignidad de cada miembro del Pueblo de Dios.

Una comunidad cristiana que no comparte la labor apostólica es infiel a su condición esencial de testigo, pierde su razón de ser. Esta participación adquiere variedad de modalidades, y se expresa a través de diversos ministerios y servicios, todos en función de la misión encomendada a la Iglesia: una misión, la de la Iglesia; variados ministerios para llevarla a cabo (Cf. AA 2b). La teología del Vaticano II gravita sobre la misión, sacando a la Iglesia del ensimismamiento narcisista. Los textos conciliares podían multiplicarse, baste este botón de muestra que recoge fielmente el posicionamiento conciliar:

La Iglesia ha nacido con este fin: propagar el reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre, y hacer así a todos los hombres partícipes de la redención salvadora y por medio de ellos ordenar realmente todo el universo hacia Cristo. Toda la actividad del Cuerpo místico, dirigida a este fin, recibe el nombre de apostolado, el cual la Iglesia lo ejerce por obra de todos sus miembros, aunque de diversas maneras. La vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación también al apostolado. Así como en el conjunto de un cuerpo vivo no hay miembros que se comportan de forma meramente pasiva, sino que todos participan en la actividad vital del cuerpo... (AA 2a; cf. todo el Decreto AA y el cap. IV de LG).

La formación del espíritu comunitario no será posible sin la colaboración en proyectos comunes, sintiéndose corresponsables en éxitos y fracasos. El vínculo entre comunión fraterna y apostolado es uno de los puntos que necesitan un mayor cultivo y desarrollo, a partir de la “eclesiología de comunión” vivenciada e interiorizada en la “espiritualidad de comunión”. Comunión, por tanto, no sólo en los dones espirituales, sino también en el compromiso apostólico que desemboca en una verdadera corresponsabilidad

misionera. Quizá lo que está faltando a nuestra Iglesia es una “espiritualidad de comunión” que anime desde dentro el apostolado eclesial.³⁷

4.2. Comunidad en camino de conversión y su ascesis peculiar

4.2.1. En camino de conversión

Bajo la guía del Espíritu (Cf. Rm 8, 4.26), no apagando su fuerza (Cf. 1 Tes 5, 19), con el amor como enseña, que es la plenitud (Cf. Rm 13, 10), la comunidad cristiana vive en estado de conversión, en primer lugar a Dios, que nos ha agraciado con el don de la filiación y de la fraternidad, creciendo en la comunión con él (Cf. Flp 1, 6). “Ahora, liberados del pecado y convertidos en siervos de Dios, tenéis como fruto la plena consagración a él y como resultado final la vida eterna” (Rm 6, 22); y conversión constante a la comunión con los hermanos, llevando a cabo la obra comenzada. La vocación cristiana es vocación de crecimiento, como nos recuerda el Apóstol: “Que progreséis más y más cada día” (1 Tes 4, 1) “hasta que alcancemos en plenitud la talla de Cristo” (Ef 4, 13). El camino trazado por el Evangelio es claro: “Con nadie tengáis deudas, a no ser las del amor mutuo” (Rm 13, 8; cf. 6, 18. 22; Gál 5, 13; 1 Cor 9, 19), viviendo “concordes a ejemplo de Cristo Jesús” (Rm 13, 5-6), siendo esclavos de todos a ejemplo de Pablo (Cf. Rm 6, 18. 22; 13, 8; 1 Cor 9, 19; 2 Cor 4, 5; Gál 5, 13). El lema es crecer constantemente en la comunión con el cuerpo de Cristo, el *cuerpo eucarístico* de Cristo (Cf. 1 Cor 10, 16-17) y el *cuerpo eclesial* o místico de Cristo (Cf. 1 Cor 12, 27; Ef 4, 11).

4.3.2. Por el ministerio de la reconciliación

La comunidad cristiana es una “comunidad de reconciliación”, signada por la cruz. Seguimos a Cristo, pero a Cristo crucificado (Cf. 1 Cor 1, 23; 2,

37 La articulación Iglesia-misión a partir del eje-comunión la ha expresado JUAN PABLO II al hablar de la Iglesia como “comunión trinitaria en tensión misionera” (Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis* nn. 12, 73, 74 y 75, y anteriormente PABLO VI cuando afirma que la Iglesia “existe para evangelizar” (EN n. 26).

2). Animados por el hambre de comunión, experimentamos dolorosamente las fracturas de la comunión; confesando que somos fraternidad, reconocemos que no reflejamos a la verdadera familia de Dios. De ahí la actualidad de la perentoria advertencia de Pablo: “En nombre de Cristo les suplicamos que se dejen reconciliar con Dios” (2 Cor 5, 20). Y, una vez reconciliados, convertírnos en ministros de la reconciliación (Cf. 2 Cor 5, 18).

Debemos reconocernos “como gente inmadura, como cristianos en edad infantil”, incapaces de asimilar el “alimento sólido” (1 Cor 3, 1-2; cf. 14, 20). “Quien se sienta seguro, tenga cuidado de no caer” (1 Cor 10,12). No es fácil mantener el espíritu de comunión.

La comunión comunitaria es posible si la entendemos como obra de Dios. Su voluntad es clara al respecto: no nos quiere islas, ni siquiera archipiélagos, sino formando un continente, su pueblo. La idea reaflorea con fuerza en el Vaticano II (Cf. LG cap. II). Si miramos hacia nosotros, comprobamos que las exigencias de comunión encuentran las barreras del individualismo y del egocentrismo (individual o grupal), que actúan como cizaña sembrada en el campo eclesial y que conduce a la dispersión. Jesús vino para reunir la familia de Dios, “para conseguir la unión de todos los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn 11, 52); él es el reconciliador por antonomasia, y el que pide que “todos sean uno lo mismo que lo somos tú y yo, Padre” (Jn 17, 21). Por eso, a pesar de todo, podemos ser solidarios en la medida en que el Espíritu de Jesús actúe en medio de nosotros.

También es precisa la conversión al hermano. La reconciliación pasará ordinariamente por el perdón de las ofensas, la corrección fraterna (Cf. Gál 6,1) y la ayuda mutua (Cf. Gál 6, 2). El hermano lleva también en sí semillas de discordia que me hieren, pero sigue siendo el que Cristo ha amado por el mismo título por el que me ha amado a mí, y el que me ha sido dado para que intercambie su perdón. Hemos de ser benevolentes con los demás, lo que no significa ignorar las mil justificaciones con que el egocentrismo busca afirmarse. Frente a ello, existen mil formas con que la grandeza de alma sabe estar presente. La benevolencia ha de ser activa y operante, no se conforma con comprender al otro, sino que está dispuesta a hacer algo por él.

4.2.3. Conversión a los “caminos de comunión”

La “espiritualidad de comunión” conlleva un determinado estilo o forma de actuar en la Iglesia que llamamos “colegialidad” y que afecta a todos los estratos eclesiales por ser derivación de la Iglesia-comunión.³⁸ Esta espiritualidad nos irá haciendo superar el talante individualista en cualquier circunstancia, y nos irá moldeando en el *estilo colegial* que se va abriendo en la Iglesia, ese “trabajo colegial, que ya se ha hecho habitual” (NMI 29), pero que todavía se topa con muchos obstáculos. Si se vive la “espiritualidad de comunión”, se traducirá en un actuar eclesial a todos los niveles con estilo comunitario-colegial, como algo que brota de dentro y no impuesto por una normativa exterior, aunque ésta sea necesaria para regularlo y asentarlo en el tejido eclesial.

4.2.4. Dificultades de la “espiritualidad de comunión”

La mística comunitaria no existe sin el signo de la cruz. Lo comunitario exige grandeza de alma. Por una parte, debe crear en el individuo la magnanimidad y el entusiasmo que arrastre hacia las alturas y suscite grandes ideales. Para ello es necesaria una lucha tenaz y esperanzada, porque lo comunitario está asediado y queda minado por el aburguesamiento, la banalidad, la mediocridad satisfecha con logros individuales, el entibiamiento, el sentimentalismo compensador... que pueden medrar al socaire de la comunidad.

En la grandeza que la comunidad encierra reside también una de las primeras dificultades. Por eso se debe tener un concepto exacto y lúcido de comunidad. Ésta no es un situarnos “en fila india”, ni yuxtapuestos unos a otros como una mera suma de individuos, sino que es un estar, vivir y trabajar con los otros, en un cara a cara dinámico. Por otra parte, todo miembro está obligado a crear en la propia vida personal la unidad de las diversas pertenencias de su estar-en-el-mundo (grupo de trabajo, cultural, político, social...) para suavizar las fricciones y frustraciones. Cada persona deberá

38 Cf. SÁNCHEZ CHAMOSO R., *Iglesia-comunión e Iglesia ministerial*, IUSI, Caracas 1997, donde se expone la vertiente operativa de la Iglesia-comunión.

hacerse cargo de su propia integración en la comunidad cristiana a la que pertenece. Y toda comunidad debe hacer posible que cada miembro realice el seguimiento de Cristo en la forma de vida propia, y debe respetar el umbral de la intimidad que nadie puede violar. El otro permanece otro, y hay que respetar su “soledad” donde maduran las opciones más profundas y valiosas. Hay que aprender a distinguir entre diferencias e incompatibilidades. Un afán excesivo por la unanimidad puede ahogar a la persona. Tantas veces vemos cómo se oscila entre “el mito de las instituciones en nombre de la santa uniformidad y el mito de los individuos en nombre del santo individualismo, y todo ello en un tiempo de exaltación de la desmitización”.³⁹

En la comunidad cristiana hay que amarse sin enmascarar las diferencias, que, no obstante, hacen sufrir. La comunidad cristiana entiende al otro como hermano, un don dado por Cristo y que tiene que ser fiel sobre todo a Cristo, no una simple réplica de lo que son los otros. Hay que aceptar al otro tal como el Señor nos lo regala.

Si la vida común no es vista ya como la “máxima penitencia” (San Juan Berchmans), tampoco es el paraíso en la tierra. Hay que contar con la conflictividad derivada de la variedad de puntos de vista; hay que contar con la frustración por la falta de respuesta de los individuos en particular; hay que contar con el duro trabajo de formar comunidad. Pero creo que debemos reconocer que hay que contar sobre todo con una *pedagogía de la comunión* que nos conduzca a una *formación para la comunidad*, que haga posibles y compatibles las aspiraciones personales y las comunitarias, el aprendizaje del difícil arte del diálogo, la aceptación incondicionada del otro, la gestión comunitaria de los conflictos, el generoso intercambio de experiencias y de dones, la madura renuncia al punto de vista personal en aras del compromiso comunitario. Pero si todo esto se logra, en un exigente camino ascético, la comunidad resultante, en un mundo dominado por la lógica del poder, de la manipulación de los demás, de la búsqueda del poseer, de la complacencia egocéntrica, se convierte en signo del universo redimido y en paradigma de esperanza en un mundo mejor.

La comunidad representa para el hombre pecador un proyecto cuya actuación se quedará siempre más acá del ideal entrevisto. La vocación que compartimos traza un ideal más ambicioso que las posibilidades concretas

39 RULLAL., *Psicología del profundo e vocazione: Le persone*, Marietti, Torino 1975, 216.

del hombre. Es un “misterio de pobreza” que debemos reconocer y asumir. Pero los límites y la pobreza, cuando la comunidad persevera en el mutuo perdón y en la comunión de vida y acción, da testimonio del poder de Dios que nos recuerda la necesidad de ser salvados. “Si el Señor no construye la casa...” (Cf. Sal 127, 1-2; Prov 3, 5s.).

Es bueno saber a tiempo las dificultades de la comunión, que exige permanecer lúcidos y vigilantes para no correr detrás de quimeras. La apertura al otro es siempre empresa costosa. El ideal de una transparencia completa resulta difícil encontrarlo en la práctica. Toda comunidad, incluso la más firme, topa con límites de comunicación y de comprensión, no está exenta de filias y fobias más o menos espontáneas. El cristiano es hombre y siempre llevará sobre sí el lastre de lo humano. Y, además, es hombre pecador. La “espiritualidad de comunión” puede sanarlo en la raíz.

5. EPÍLOGO. PEDAGOGÍA DE COMUNIÓN Y SU “PRINCIPIO EDUCATIVO”

Terminábamos el apartado anterior afirmando que la “espiritualidad de comunión” puede sanarnos en raíz. ¿No sonará esto a una pretensión desmedida, una hipérbole debida al entusiasmo? ¿Estamos ante algo totalmente nuevo, siendo nosotros –¡por fin!– los que hemos dado con la clave-solución de la vida cristiana?⁴⁰ No es ésa la conclusión del presente trabajo, pero sí nos atrevemos a resaltar un dato: la espiritualidad de comunión”, que la Iglesia y la teología nos presentan hoy como fundamental.

Hemos visto la riqueza que encierra la “espiritualidad de comunión” y su sólido fundamento teológico, que se nos presenta a modo de un haz de luz que, al pasar por un prisma, se refracta en líneas de fuerza diversas aunque en el fondo convergentes: espiritualidad trinitaria, fraterna, eclesial, cultural, solidaria, creativa, comprometida. No resultaría difícil ensanchar aún más la enumeración. Baste con lo propuesto para descubrir la densidad teológica y la riqueza vital que encierra para la existencia del pueblo de Dios.

40 Debemos precisar que la propuesta de una “espiritualidad de comunión” no es algo totalmente novedoso, sino que cuenta con una trayectoria en la tradición eclesial y teológica a la que alude NMI n. 45. Lo que sí es un aporte decisivo de la teología de hoy es la “eclesiología de comunión”, un soporte e incentivo que confiere a la “espiritualidad de comunión” una relativa novedad.

Un último punto, a modo de síntesis, queremos destacar. Vemos en la “espiritualidad de comunión” un verdadero punto de partida o punto cero. Nos explicamos. Al hablar de “pedagogía” de la comunión y de “formación” para la comunidad se nos remite a la espiritualidad propuesta como verdadera “escuela” de la comunión a la que todos debemos asistir como discípulos; dar por supuesto que ya hemos aprendido esta asignatura sería un nefasto autoengaño. En este sentido, afirmamos que la “espiritualidad de comunión” debe ser punto de partida, es decir, necesitamos comenzar por asimilar esta materia. Es la convicción lúcida de Juan Pablo II cuando propone esta espiritualidad como “principio educativo” y escuela de comunión para todos en la Iglesia. Escuchemos de nuevo sus palabras: “Hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades... Sin este camino espiritual, de poco nos servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus medios de expresión y crecimiento” (NMI 43).

“Camino espiritual”, nos ha dicho el Papa; en otros términos, la espiritualidad como base. Nuestra Iglesia y todos sus estamentos, que Juan Pablo se ha cuidado bien en enumerar, empeñada en la empresa de la comunión que se traduce en verdaderas comunidades, una Iglesia que se define como comunión tiene en la espiritualidad su raíz y su punto de partida para hacer efectiva la comunión que está llamada a ser y a sembrar en el mundo.⁴¹

41 La idea se refuerza con otros lugares de NMI, por ejemplo, cuando aborda el tema de la santidad. Espigamos unos párrafos: “En primer lugar, no dudo en afirmar que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la *santidad*... Si los padres conciliares concedieron tanto relieve a esta temática no fue para dar una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino más bien para poner de relieve una dinámica intrínseca y determinante” (n. 30). Se hace necesario “recordar esta verdad fundamental, poniéndola como fundamento de la programación pastoral que nos atañe al inicio del nuevo milenio” (n. 31). “La espiritualidad de comunión da un alma a la estructura institucional de la Iglesia” (n. 45). En una palabra: la espiritualidad de la Iglesia debe preceder al quehacer pastoral de la Iglesia; sin mística, sin “alma de comunión”, no se puede construir la comunidad cristiana.